

William Moulton Marston: polígrafos, cómics y psicología de la normalidad

*Francisco Pérez Fernández**
Universidad Camilo José Cela

Resumen

William Moulton Marston desarrolló diversas tareas en el ámbito profesional de la psicología, lejos de los entornos académicos, que le llevaron a una celebridad más popular que propiamente científica. Así, fue el creador de la prueba de presión sistólica de la sangre que, integrada en el registro poligráfico, condujo a la creación de la llamada “máquina de la verdad”. Gracias a sus investigaciones con el polígrafo Marston se convenció de que las mujeres eran, por lo general, más honestas y fiables que los hombres y que por ello estaban más capacitadas para trabajar con precisión y eficacia. Esto hizo de él un recalcitrante defensor de la causa de la mujer.

La más conocida de las ocupaciones de Marston fue la de asesor educativo para All-American Comics en la década de 1940. Allí creó al célebre personaje de la Mujer Maravilla. Tampoco son desdeñables las aportaciones de Marston en el ámbito de la *psicología de la normalidad*. Fruto de sus aportaciones en este sentido son registros psicométricos como el DISC, aún muy populares para la selección de personal en los Estados Unidos.

A causa de sus ocupaciones extra-académicas, Marston ha terminado pasando desapercibido para buena parte de los especialistas “oficiales” de la psicología. El objetivo de este trabajo es, pues, recuperar el legado de un profesional que se convirtió en uno de los grandes psicólogos aplicados estadounidenses.

Palabras clave: Marston; Polígrafo; DISC; Comics; Mujer Maravilla.

Abstract

William Moulton Marston carried out a number of different tasks in professional psychology. Alien from the academic environment, they made him a popular, rather than a scientific celebrity. Thus, he was the creator of the systolic blood pressure test, a part of the polygraph record which led to the

* Correspondencia: Dr. Francisco Pérez Fernández. Dpto. de Psicología y Educación. Universidad Camilo José Cela. C/. Castillo de Alarcón, 49. 28692 – Villanueva de la Cañada (Madrid). Tfn.:918153131/610782918. E-mail: <fperez@ucjc.edu>.

creation of the “truth machine”. As a result of his research with the polygraph, Marston became convinced that women were generally more honest and trustworthy than men and therefore were better able to work accurately and effectively. This made him a stubborn defender of the woman cause.

The best known of Marston’s activities was his work as educational consultant for All-American comics in the 1940s. There he created the famous character of Wonder Woman. Marston’s contributions to the field of normal psychology are also worth recalling. In this respect, psychometric records of his, such as the DISC records, are still very popular in personnel recruitment throughout the United States.

On account of these occupations, Marston’s work went unnoticed to most “official” psychology specialists. Thus, the aim of this paper is to recover the legacy of a professional who once was one of the great American applied psychologists.

Keywords: Marston; Polygraph; DISC; Comics; Wonder Woman.

INTRODUCCIÓN

Nacido en 1893 en Clifftondale (Massachusetts), en el seno de una familia de clase media, William M. Marston iba para abogado. De hecho, estudió en la Escuela de Leyes de Harvard, donde se licenció en 1915 para obtener la maestría en 1918. Sería también durante el mismo 1915 que contraería matrimonio con una de sus compañeras de estudios, Elizabeth *Sadie* Holloway, mujer que terminaría resultando como veremos de gran importancia en su vida (Gillespie, 2001). Sadie, muy liberada para su tiempo, había ingresado en la universidad contra el criterio familiar, costeándose los estudios ella misma, y convirtiéndose en una de las poquísimas mujeres matriculadas en el ultraconservador Harvard de la época (Lamb, 2001).

Muy relevante sería también para William Marston la influencia de Hugo Münsterberg. Tanto que las lecciones del mago de la psicotecnia cambiaron la vida del futuro abogado para transformarle en otra cosa bien diferente. Ciertamente es que el encuentro con Münsterberg era prácticamente inevitable para cualquier estudiante de derecho matriculado en Harvard pues era uno de los primeros especialistas en psicología legal y del testimonio, pero a Marston le resultaría especialmente inspirador: el hecho que sus charlas impactaron tanto al proyecto de abogado que decidió matricularse en el doctorado en psicología, culminándolo en 1921 con una tesis sobre la correlación entre los niveles de presión arterial de los sujetos y el engaño.

UNA TESIS COMPLEJA

Es difícil concretar temporalmente el momento exacto en el que se produjo el encuentro Marston-Münsterberg, pues no parece existir constancia documental clara.

Sin embargo, y teniendo en cuenta que Marston se licencia como abogado en 1915 y que no hay otros datos accesorios al respecto, podemos suponer que se produjo en algún momento del otoño de 1913. Nos valemos para realizar esta afirmación de la vía indirecta que suponen los comentarios que él mismo realiza en la introducción a su tesis doctoral. Allí se dice, textualmente, “esta tesis reporta las investigaciones de su autor acerca del problema de los síntomas psicofisiológicos del engaño, los cuales comenzaron en el Laboratorio Psicológico de Harvard en 1913 bajo la dirección de los profesores Münsterberg y Langfeld, y que se han desarrollado prácticamente sin interrupción hasta el presente” (Marston, 1921a, p. 1).

Tampoco es sencillo determinar si fue el propio Münsterberg quien dirigió personalmente dicha tesis, o bien lo hizo Langfeld, o bien la tutorización de Marston recayó sobre cualquier otro de los profesores del departamento. En primer término, debemos indicar que el original de la tesis no consta este dato –aparte de la mención antes realizada a los trabajos de investigación de 1913. Por otro lado, Hugo Münsterberg falleció prematuramente en 1916, momento en el que además, como ya se verá algo más adelante, su relación personal con William Marston era ya deficiente.

Ocurre también que en el modelo universitario estadounidense, desde sus mismos comienzos, la idea de un *director de tesis* tal y como se maneja en Europa es muy difusa y los reglamentos para la obtención del doctorado siempre han variado sobremanera de unas universidades a otras. En el caso que nos ocupa, Harvard, tradicionalmente se concede gran autonomía a los alumnos de doctorado, y nunca se ha establecido en la normativas otra cosa que la tutorización del alumno por parte de uno o dos profesores sin que estos tengan por qué ser los mismos durante todo el proceso, pues cambiarán en la misma medida que se modifiquen los intereses e inquietudes del propio alumno. Por ello, es habitual encontrar en sus tesis doctorales la idea de los “agradecimientos” por parte del alumno hacia sus diferentes tutores antes que el señalamiento administrativo de un “director” en cuanto tal¹.

No obstante, y dado que Herbert Sidney Langfeld trabajó en el departamento ocupando diferentes posiciones académicas hasta 1924, año en el que aceptó la dirección del Laboratorio de Psicología de Princeton, es muy probable que fuera él mismo quien realizó la supervisión final de la tesis de Marston (Bartlett, 1958). No en vano, en el documento no se cita a ningún otro profesor del Departamento de Psicología de Harvard aparte de los ya señalados.

Vicisitudes académicas aparte, el hecho es que fue en esta tesis que Marston puso las bases de la que posteriormente sería su singular aportación a la teoría del polígrafo

1. A este respecto, por ejemplo, puede consultarse la normativa actual para el doctorado del Departamento de Psicología de la Harvard University en la siguiente dirección electrónica: <http://www.isites.harvard.edu/icb/icb.do?keyword=k3007&pageid=icb.page19815..>

moderno (Marston, 1917; 1921; 1938), si bien debe realizarse en este punto una importante precisión terminológica: Marston en su tesis habla siempre en términos de “engaño” (*deception*), y no de “mentira” (*lie*), y se refiere a sus registros psicofisiológicos como “tests de engaño” (*deception tests*). Tampoco utiliza en momento alguno conceptos como el de “polígrafo” o el de “detector de mentiras”, que son evidentemente posteriores y en ningún caso fueron acuñados por él mismo.

Señalemos, por cierto, que también su esposa Elizabeth sintió la llamada de la psicología pero los cursos de doctorado en Harvard estaban cerrados a las mujeres, por lo que hubo de conformarse con el máster que se ofrecía en la cercana Radcliffe School (Lamb, 2001). Sorprende que no aparezca acreditada en las primeras publicaciones de su marido, de las que debió ser partícipe, pues consta su presencia en muchas de las fotografías que se conservan del trabajo de laboratorio de Marston durante la década de 1920 (Matte, 1996).

El hecho es que durante la Primera Guerra Mundial (1914-1919), Marston fue teniente en el ejército, lugar en el que él mismo y dos colaboradores ya aplicaron su test de engaño a 107 supuestos desertores, traidores y espías extranjeros. Allá perfeccionó el uso de su sistema que luego, a buen seguro inspirado por el impulso mediático que el tema generaría en prensa y radio, denominaría de “detección de la mentira” (Marston, 1938; *The New York Times*, 1947). El relato de las mencionadas pruebas constituye una de las partes más jugosas de su tesis doctoral, siendo asimismo publicado como artículo aparte en (Marston, 1921b).

Cierto que a simple vista la Gran Guerra parece una fecha demasiado temprana, pero los hechos cuadran pues todo indica que la idea de un registro fisiológico fehaciente del embuste era algo que Münsterberg y su equipo venían barajando desde la década de 1890, que luego recibió un fuerte impulso con los experimentos realizados por Stern en Alemania a partir de 1903, y que cuajó en la mente de Marston hacia 1913. Su primer artículo al respecto –un capítulo de su tesis– vería la luz en el *Journal of Experimental Psychology* cuatro años después, y reúne informes, experiencias y datos recabados a lo largo de un prolongado periodo de tiempo a la par que propone un primer esbozo de teoría de las emociones, elemento clave para la comprensión del engaño, sus mecanismos y su detección (Marston, 1917). Interesa, sin embargo, destacar la mezquindad de este artículo pues la referencia a la inspiración recibida del ya fallecido Münsterberg es prácticamente nula. Recibe una cita de mera cortesía prácticamente al final.

En descargo del alumno hay que mencionar el hecho de que la relación entre ambos nunca resultó excesivamente cálida ni venturosa. En primer término, así se indica en la tesis, Marston siempre se reconoció inspirado fundamentalmente por tres autores: Wertheimer, Jung y Benussi (Marston, 1921a). De los dos primeros asume el planteamiento clínico de la “asociación libre”, basado en la reacción emotivo-temporal que producen en el sujeto determinadas palabras estímulo que tienen un significado

emocional para él. A pesar del encono que esta idea de inspiración psicodinámica había despertado en un buen número de profesionales reputados –como Binet–, tanto Münsterberg como otros psicólogos y criminólogos de la época se habían mostrado de acuerdo en afirmar que la asociación libre, empleada con rigor y adecuación, podría tener posibilidades en el ámbito judicial (Münsterberg, 1908).

De Vittorio Benussi, por otro lado, recogió las experiencias realizadas en la Universidad de Graz acerca de los síntomas respiratorios del engaño y que, sostuvo Marston, a pesar de sus limitaciones metodológicas eran el primer y único precedente directo del trabajo que desarrollaría en su tesis doctoral (Benussi, 1914). Como es lógico, Hugo Münsterberg no debió sentirse muy satisfecho con esta clase de afirmaciones.

En otro orden de cosas, Marston pensaba constantemente en métodos creativos para financiar sus experimentos y hacer dinero, entretanto Münsterberg era un hombre netamente entregado al mundo académico que tenía una visión menos prosaica de la ciencia, lo cual se convirtió en otro motivo de distanciamiento y mutua incompreensión. Consecuentemente, Marston ha terminado por ser considerado entre algunos comentaristas como una especie de “heredero ilegítimo” de parte del legado intelectual de Hugo Münsterberg (Bunn, 1997).

Una vez leída su tesis la primera salida laboral de Marston fue la docencia, tal y como correspondía a la mayor parte de los psicólogos estadounidenses en un momento en el que la profesión estaba aún naciendo. Tampoco le resultaba un campo desconocido en la medida que había ejercido como profesor asistente en Radcliffe durante un tiempo. A la enseñanza universitaria dedicó la década de 1920, primero como profesor de psicología legal en la American University y, con posterioridad, en la Tufts University, así como en la University of Southern (*The New York Times*, 1947). El problema residía en que el mundo académico no le interesaba demasiado, especialmente –ya lo hemos indicado al referirnos a sus dificultades con Münsterberg– porque no lograba conseguir en parte alguna los fondos adecuados para continuar sus entonces muy novedosas investigaciones con los tests de engaño, y tampoco le resultaba convincente de cara a sus ambiciones económicas personales. Al final, en 1929, Marston encontraría un trabajo puntual en California, en los Estudios Universal, como Director de Servicios Públicos. Este empleo –como otros tantos– le duró poco más de un año a causa de lo poco convencional de su carácter, sus ideas, métodos y estilo de vida, por lo que retornó a la enseñanza en el bienio 1931-32, en la Long Island University. Después se asociaría para fundar la agencia publicitaria Weeks & Marston (*The New York Times*, 1947).

LA EXTRAÑA FAMILIA

En efecto, la vida privada de Marston era tan singular para su tiempo como lo fueron sus ideas e intereses. En sus años como docente en Tufts inició un romance con

una alumna, Olive Byrne Richards hasta que, finalmente, la chica se iría a vivir con él y Elizabeth. William tuvo dos hijos con cada una de ellas y este peculiar triángulo amoroso no sólo cuajó, sino que funcionó con total eficacia. Más aún: tras su muerte prematura en 1947, Elizabeth y Olive mantuvieron la convivencia hasta el fallecimiento de la segunda durante la década de 1980 (Gillespie, 2001). No cabe duda que una familia como la descrita, en un entorno hartamente conservador como lo eran los Estados Unidos de la época, debió dar mucho que hablar.

En realidad Marston, un apasionado de las mujeres desde la adolescencia, se había fabricado su propia *utopía feminista*. Su pasión por el género femenino se radicalizó a comienzos de la década de 1920, tras sus investigaciones con el engaño (Marston 1923; 1924b), pues había llegado a convencerse de que ellas solían mentir menos y, además, trabajaban con mayor rapidez, y eficacia en situaciones de presión emocional. Esta opinión, sumada a la influencia insoslayable de Sadie, convirtió a Marston en un recalcitrante feminista. De hecho, su posterior creación del famosísimo personaje de cómic Wonder Woman –la Mujer Maravilla– fue en cierto sentido, ideológicamente algo confuso como veremos, el legado último de este punto de vista (Marston, 1944).

De hecho, la década de 1930 daría a Marston la razón en lo relativo a sus opiniones sobre el matriarcado. Sin una fuente de ingresos sólida a pesar de su pasión nunca ocultada por el dinero, algún que otro problema con la justicia al que nos referiremos más adelante y una creciente familia, las cosas se iban complicando. Embebido en la batalla por la paternidad del método para la “detección de la mentira” y empeñado en la nada sencilla tarea de vender sus servicios al gobierno, Sadie salió al frente de la familia, y de una manera notable: tras desempeñar diversas ocupaciones como correctora de pruebas editoriales y posteriormente en el mundo del derecho, terminaría alcanzando un puesto como ejecutiva en la Metropolitan Life Insurance, donde ejerció como asistente del presidente de la compañía hasta la jubilación (Gillespie, 2001).

EL POLÍGRAFO: UNA HISTORIA DE MALENTENDIDOS

Entre 1929 y 1938 William Marston afrontó un periodo complejo, pues intentó concentrarse en el tema del registro psicofisiológico de la mentira, que no del polígrafo propiamente dicho, cuyo desarrollo tecnológico siguió otros derroteros bien diferentes. Ya se indicó que el primer método para la detección indirecta del engaño, basado en la medición de las alteraciones de la presión arterial y de la respiración registradas mediante un esfigmomanómetro y un quimógrafo, junto con una adecuada técnica de entrevista desarrollada a partir de la aplicación del diagnóstico clínico por “asociación libre”, fue diseñado y aplicado por el propio Marston durante la época de la Primera Guerra Mundial.

En el fondo nada diferente desde un punto de vista teórico a lo que se comenzó a hacer con posterioridad mediante otras maquinarias más sofisticadas que, en realidad,

lo único que hacían en el fondo era afinar el registro al sumar o añadir –en un único aparato complejo– otros métodos de medición paralelos al ideado inicialmente por Marston. Por ello los más críticos con estos planteamientos establecieron que existía un problema virtualmente irresoluble de fondo: el de discernir entre la activación provocada por el intelecto y la generada por las emociones (Coukell, 2006). El viejo conflicto de la interacción entre el cuerpo y la mente reformulado ahora en los términos de lo fisiológico frente a lo cognitivo.

Pero la historia del polígrafo no es tan sencilla, y merece la pena recordarla con brevedad para deshacer malentendidos: hacia 1890, como se indicó, la Universidad de Harvard adquirió algunos de los primeros aparatos de registro fisiológico del mercado, y muy pronto Münsterberg y sus alumnos, muy afines a su empleo, pudieron deducir cierta correlación más o menos clara entre las alteraciones de las medidas registradas y la veracidad de los testimonios emitidos por los sujetos durante el proceso.

El hecho es que Münsterberg –entre otros– llegó a estar tan convencido de que existía un rastro fisiológico directo y observable de la mentira que, tras su controvertida participación en dos importantes y mediáticos juicios de la época, fue el primero en publicar un texto apologético en el que defendía, entre otras muchas cosas, que la medida fisiológica de la sinceridad debería aplicarse al campo de la justicia por el bien público (Münsterberg, 1908). Texto que, por cierto, le valió algún entusiasta apoyo público en forma de editorial periodístico, pero también alguna que otra caricatura burlesca en los rotativos (Alder, 2001).

Cuando Marston convierte los deseos de Münsterberg en objeto de su tesis doctoral no ignora, por supuesto, que estos registros no ofrecen una medida objetiva de la mentira, sino la reacción fisiológica provocada por un supuesto malestar emocional del sujeto al mentir conscientemente. En consecuencia, el problema fundamental que debía afrontarse era el de discernir entre los cambios fisiológicos asociados al engaño consciente y los vinculados a las emociones de origen distinto al embuste: es necesaria por un lado una tecnología de registro fiable y fácil de manejar que permita observar los parámetros fisiológicos relevantes y, por otro, una técnica de interrogatorio específica que objetive el estrés específico asociado a la mentira (Alder, 2001).

Es cierto que en 1921 Marston ha culminado su tesis y que ha puesto con ella las bases teóricas de lo que luego será el polígrafo moderno, pero también que no ha logrado claramente ninguno de los objetivos señalados y que su éxito intelectual es limitado. El método no suministraba la deseada *medición directa* del embuste (Marston, 1924a; Domínguez, 2004). Además, los deseos de apoyo legal al sistema expresados por Münsterberg en 1908 son todavía una quimera y el posible éxito comercial y legal de esta clase de metodologías –ya se trate de tests, máquinas o registros de cualquier otra clase– es muy dudoso: las autoridades no confían en estos sistemas de complicado manejo y calibrado, que requiere de un profundo adiestramiento, cuyos resultados son

difícilmente verificables, y cuyas posibilidades de eficiencia real parecen demasiado remotas como para tomarlas en consideración.

Pero Marston, convencido de que su test del engaño es una técnica científicamente razonable que además puede convertirse en un buen negocio, no se rinde. En 1922 trató de mostrar públicamente la validez de su método poniéndolo a prueba en un famoso caso real, el de un convicto negro acusado de asesinato, James Alphonse Frye (Alder, 2002). Tan convencido estaba de la eficacia del registro fisiológico mediante la presión arterial defendido en su tesis que se limitó a utilizar, junto al modelo de interrogatorio tipo, un sistema médico convencional: un esfigmomanómetro y un fonendoscopio. Tras la prueba aseguró que Frye era inocente, pero el juez negó a Marston la posibilidad de testificar pues, indicó, invadía el terreno del jurado cuya prerrogativa era precisamente la de “medir” la sinceridad del acusado (Dominguez, 2004). El fallo emitido en 1923 –y corroborado por la Corte Suprema en 1925– consolidó la opinión del juez y rechazaba lo que ya comenzaba a ser llamado por la prensa como “detector de mentiras”, aconsejando la admisión en los tribunales, tan sólo, del testimonio de científicos cuyo juicio derivase de principios acordes con el consenso de la comunidad científica (Starrs, 1982).

Las cosas vendrán a complicarse aún más cuando Marston, aún como profesor en la American University, en su afán por reunir los fondos para continuar sus investigaciones, sea acusado de cometer un delito de estafa a través del correo postal representando a la United Dress Goods, Inc., compañía de la que era según parece tesorero y accionista. Fue detenido y encausado, testificando ante el Gran Jurado en 1923 (*The New York Times*, 1923; *The Bridgeport Telegram*, 1923). Se declaró no culpable y tampoco existe constancia alguna de que fuera condenado por los hechos. La ironía del asunto, pese a todo, reside en que su imagen pública resultó inevitablemente dañada con lo cual se le haría aún más complicado encontrar oídos dispuestos a sufragar sus proyectos.

De tal modo hacia 1927, algo decepcionado, asumió que las resistencias hacia la aplicación de su tecnología eran demasiado fuertes, por lo que si bien continuó ofreciendo su dictamen profesional cuando era requerido para ello, y haciendo campaña publicitaria del registro psicofisiológico, dejó a un lado la investigación en la materia y se concentró en el estudio del que consideraba gran tema de la psicología: las emociones. Tampoco eludió trabajar en el ámbito de la autoayuda. A ambas temáticas dedicará casi toda su producción del periodo 1926-1941.

Sólo o asociado a filósofos como Walter B. Pitkin y el también psicólogo –y posteriormente afamado novelista– Charles Daly King, pondrá en la calle diversos textos que anticipan en buena medida lo que posteriormente serán planteamientos como el de la inteligencia emocional, y que le acreditan como inspirador del modelo de personalidad DISC (Pitkin y Marston, 1930; Marston, King y Marston, 1931; Marston, 1936). Será durante este periodo que consolide la idea de que la psicología se

ha ocupado tradicionalmente de la rareza y la desviación cuando, en realidad, debería interesarse por la normalidad, que es lo útil en tanto que correspondiente a la mayoría de la población. Con ello Marston, siempre en busca de la panacea comercial, también se está anticipando a otra idea que posteriormente hará carrera de la mano de autores como Rogers: el paciente como cliente.

Pero al mismo tiempo que se dice no a la detección del engaño en los tribunales, se acepta su uso en los interrogatorios policiales, un campo ajeno por completo a la sentencia de la Corte Suprema (Domínguez, 2004). Lo que ha sucedido es que, paralelamente al trabajo de Münsterberg y Marston, el policía August Vollmer ha capitaneado el gran movimiento para la profesionalización policial en los Estados Unidos (Carte y Carte, 1975). Gran conocedor del desarrollo de la psicología criminal y del testimonio de la época, una de las grandes obsesiones del inquieto Vollmer había sido la de idear un aparato que permitiese determinar, sin lugar a la duda, cuando los interrogados faltaban a la verdad. De tal modo, cuando en 1916 consigue llevar el estudio de la técnica policial a la Universidad de Berkeley, no tardan en aparecer estudiantes e investigadores, como Leonard Keeler y John Larson, interesados en desarrollar este proyecto, que comienzan a trabajar a partir de los experimentos de Marston y otros. Así nacerá el polígrafo. Consecuentemente, se confunden quienes atribuyen la paternidad del registro poligráfico propiamente dicho a William Moulton Marston.

El trabajo fue largo y tardó en ofrecer resultados. Ya mediada la década de 1930 Leonard Keeler logró perfeccionar su modelo, no muy diferente de los actuales. Sus modificaciones hacen del polígrafo en una herramienta manejable, fácil de transportar, calibrar y utilizar. Lo patenta y hace un suculento –a veces deshonesto- negocio al introducirlo en el mundo empresarial (Alder, 2001). Los métodos de Keeler, que no dudaba incluso en hacer trampas durante el calibrado del aparato si la situación así lo requería, despertaron la enconada oposición de John Larson, su otrora amigo y colaborador tanto en los comienzos de Berkeley como, posteriormente, en la policía.

Larson, ante todo un académico, se encontraba inmerso en la tarea de hacer del registro poligráfico un método científicamente respetable, y opinaba que los métodos de Keeler no sólo eran inapropiados, sino también vergonzosos e ideológicamente detestables por la cercanía al totalitarismo de sus modelos de entrevista, así como por la manera en que utilizaba el polígrafo como método más destinado a ejercer presión emocional y temor en el entrevistado, que como maquinaria destinada a objetivar la veracidad o falsedad de su testimonio (Alder 2001; 2002).

Este inopinado debate provocó una rápida popularización del aparato que hizo a Marston temer que no se reconocieran ni su paternidad intelectual ni sus esfuerzos previos, y se le deje fuera de un negocio repleto de posibilidades. Escribió entonces, y publicó a la carrera, *The Lie Detector Test* (Marston, 1938), un libro en autoedición, básicamente destinado a cantar las propias excelencias, en el que desgrana todas sus

experiencias en la investigación y aplicación del sistema de detección de mentiras desde 1915. Obsérvese que en este momento ya no se habla de “tests de engaño” sino de “detección de mentiras” y ello es debido a que esta segunda denominación era la que se había popularizado ya a través de los medios de comunicación. Más aún: a lo largo del libro el propio Marston se atribuirá la paternidad del método de registro empleado, pero nunca, ni por activa ni por pasiva la del polígrafo en cuanto tal.

Posteriormente, Marston enviará una copia a J. Edgar Hoover junto con una carta en la que se postula como la persona adecuada para la implementación del registro poligráfico en el FBI. El problema es que el puesto que Marston deseaba ocupar ya se encontraba en manos del agente especial E.P. Coffey, director del Laboratorio Técnico del FBI, primer poligrafista de la historia del *Bureau* y, probablemente, también del gobierno federal (Matte, 1996). El propio Coffey, entre otros, fue uno de los encargados de examinar el libro de Marston, del que no dudó en significar que su “propósito no es otro que establecer el hecho de que el doctor Marston fue el primero en utilizar el test de la presión arterial para la detección de la mentira. [...] A lo largo de la obra el autor señala que este test, en manos de un operador cualificado, es infalible y que, una vez se ha detectado el embuste, se ha experimentado que el sujeto tiende a admitir su culpa aparte de tener el efecto psicológico de impulsarle a decir siempre la verdad en el futuro. Esto ejemplifica [...] el ridículo estilo egocéntrico en el que está escrito el libro” (Coffey, 1938). Es obvio que, con semejante dictamen técnico de por medio, las expectativas de Marston no se vieron colmadas.

Pese a todo, inagotable, quizá envalentonado por sus éxitos con el polígrafo en el mundillo de la publicidad, donde sí se convirtió en un personaje habitual y perfectamente reconocible, volvería a intentarlo con el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Escribiría entonces al propio presidente Roosevelt una misiva en la que ofrecía como argumento fundamental sus servicios durante la *Gran Guerra*. Pero tampoco ahora funcionó (Marston, 1941; Palmer, 1942).

LA MUJER MARAVILLA

En 1940 William Marston se había mostrado públicamente como uno de los pocos intelectuales de su época favorable a los comics y en un defensor de su posible valor como herramienta educativa (Richards, 1940). Esto resulta singular en un momento en el que los contenidos del tebeo comienzan a ser muy perseguidos y denostados desde los sectores más conservadores del país (Pérez, 2009), y llama con ello la atención del editor de All-American Comics, Max Gaines, quien decide contratarle como asesor pedagógico de su proyecto (Daniels, 2004).

Conviene profundizar un poco más en la figura de Maxwell Gaines, conocido mundialmente por ser el creador del luego universalmente aceptado formato del

comic-book, pero menos por sus otros valores ideológicos en tanto que editor ya que su figura se ha visto ensombrecida o eclipsada por la de su hijo, el polémico William Gaines. El hecho es que Gaines padre siempre fue un hombre preocupado tanto por el valor pedagógico del cómic y por la calidad de los materiales que editaba. De hecho fundó EC –Educational Comics–, empresa dedicada a publicar tebeos sobre historia, relatos bíblicos, y toda suerte de temas educativos (Coma, 1988), y a la que luego su heredero colocaría en el ojo del huracán de la batalla por la censura del medio a causa del controvertido y polémico giro editorial de que la hizo objeto (Pérez, 2009).

Durante la época como editor de All-American Comics, empresa que luego se fusionaría con Nation Comics para fundar la actual DC, Maxwell Gaines alumbró a personajes de reconocida celebridad como Green Lantern o Hawkman y puso al tebeo de acción contemporáneo en puertas de lo que luego sería su consolidación como el gran negocio que es en la actualidad. Y fue precisamente durante esta época de grandes transformaciones y controversias que se interesó por William Marston (Daniels, 2004).

El primer informe psicopedagógico de Marston, una vez revisadas las publicaciones de All-American, era conciso y contundente en las cuestiones finales que realizaba para invitar a la reflexión del editor: ¿Por qué prácticamente todos los héroes del cómic son varones? ¿Por qué no se estimula en las chicas las mismas motivaciones que en los chicos? A decir verdad Gaines, que nunca había pensado que un personaje femenino pudiera convertirse en un negocio sustancial, se mostró intrigado por estas cuestiones que tampoco se había planteado y pidió a su nuevo asesor que desarrollara el concepto. El resultado fue Wonder Woman, la heroína *feminista* por antonomasia (Emad, 2006).

Su primera historieta, guionizada por William bajo el seudónimo de Charles Marston y dibujada por Harry G. Peter, creador del concepto visual del personaje, tenía ocho páginas y aparecía en el número 8 -diciembre de 1941- de la revista *All-Star Comics* (Daniels, 2004). Y, en efecto, devino en un completo éxito que, paradójicamente, siempre ha tenido –y tiene- muchos más lectores masculinos, en torno al 90% según las últimas encuestas de preferencia realizadas por la propia DC Comics, que femeninos. Quizá quepa preguntarse por los motivos últimos de esta tendencia, no meramente –o simplemente- atribuible a la belleza física de la superheroína.

Parece existir una severa contradicción interna en torno al concepto del personaje que deriva, probablemente, de los propios ideales investigadores y psicológicos de Marston así como de su consideración de las emociones femeninas. Y debo significar en este punto que mi impresión general es la de que esta paradoja no sólo no era intencionada, sino también que el propio Marston nunca pareció mostrarse consciente de ella.

Debe tenerse en cuenta que hacia 1940, cuando el polígrafo se ha convertido en un fenómeno de masas, objetivo de reportajes periodísticos y pretexto para estrategias

publicitarias, la imagen que se difunde de suerte masiva es la de una mujer exuberante sometándose a interrogatorio por parte de un interrogador invariablemente masculino (Johnson, 1944) lo cual, como es obvio, no es otra cosa que la reproducción del viejo cliché cultural de la racionalidad del hombre enfrentada a la emocionalidad de la mujer. Otra imagen tópica será la de varias parejas jugando a desvelar sus intimidades, e incluso la de hombres que sospechan infidelidades en sus esposas y hacen que estas clarifiquen sus posturas mediante el registro poligráfico. Un tipo de anuncio en el que el propio Marston, a menudo, obró como maestro de ceremonias (Daniels, 2004).

No puede extrañarnos que la Mujer Maravilla tenga una de sus armas definitivas en el “lazo de la verdad”, ese mágico émulo del polígrafo con el que ata a sus enemigos y les obliga a declarar cuanto saben aún en contra de sus más íntimos deseos. Se trata de una inversión nada inocente de la misma publicidad que la detección de la mentira hace de sí misma y que se apoya, en última instancia, en la propia consideración de las emociones que Marston había pergeñado en sus libros (Marston, 1928; Marston, King y Marston, 1931).

Influido por el psicoanálisis, William Marston estaba convencido de que había dos grandes emociones básicas, el temor y el amor, idea que se encontraba, como ya se ha reseñado hasta la saciedad, muy en boga en la psicología norteamericana de la época. Ambas emociones, en permanente conflicto, terminaban desencadenando tensiones sexuales que se resolvían en actitudes de dominación, inducción, sumisión o conformidad (el *modelo DISC*). Estas actitudes se cronificaban para cristalizar, por fin, en los diferentes tipos de personalidad observables (Marston, 1928; Slowikowski, 2003).

Marston sostenía que las mujeres, muy emocionales al igual que la gente de raza negra, estaban fundamentalmente dotadas para el amor y predisuestas precisamente por ello a la sumisión. Esto era lo que las hacía poderosas en tanto que partidarias de afrontar la verdad antes que adoptar otras actitudes más conflictivas o problemáticas. Esta idea ya se remonta incluso a sus tiempos de Harvard, pues en su tesis doctoral llegó a escribir: “en condiciones de silencio, lectura, conversación, narración e interrogatorio, la presión sanguínea de las mujeres varía entre 2 y 3 veces más que en los hombres. [...] El autor atribuye la gran variación de la presión arterial en las mujeres, y la significativa variabilidad encontrada en negros, al hecho de poseer menor control sobre sus emociones y, en consecuencia, una vida emocional más constante y activa” (Marston, 1921a, p. 6).

Ocurre que el detector de mentiras, al igual que el lazo de la verdad de la Mujer Maravilla, lograba su objetivo mediante el sometimiento, obligando al sujeto a desprenderse del control voluntario para rendirse ante la liberación emotiva que provoca la sinceridad (Domínguez, 2004). Para la mujer esto no era difícil, pero para el hombre, dominador, resistente a la cesión del control, a menudo resultaba muy difícil y sólo era

posible mediante una estrategia de control extremo, como la detección de la mentira, desarrollada y operada por otro hombre.

Consecuentemente, y aunque Marston vendía a su heroína al menos superficialmente como una partidaria del feminismo, la libertad, el amor y la igualdad, sus estrategias no distaban del control, la violencia, la agresión y la dominación tan típicamente varoniles –e ideológicamente totalitarias– que tan poco parecían gustarle en la práctica. En el fondo, por tanto, la mujer perfecta de Marston no dejaba de ser un varón.

EPÍLOGO

Sea como fuere, William Moulton Marston, que había alcanzado la fama y el dinero por vía inopinada, tampoco pudo disfrutarlos demasiado pues fallecería de manera prematura a causa de un cáncer poco después, en mayo de 1947. No sería su último éxito, sin embargo. Tras su muerte, el psicólogo John G. Geier, quien se había sentido muy atraído por el modelo de personalidad propuesto por Marston en *Emotions of Normal People*, compró en 1958 los derechos del libro a su viuda legal, Elizabeth Holloway Marston (Scarbecz, 2007).

A Geier le resultó muy atractivo el modo en que las cuatro dimensiones de personalidad definidas por Marston –el modelo DISC antes referido– correlacionaban con los ambientes sociales que el sujeto consideraba favorables o desfavorables, y la forma en que tales ambientes modelaban finalmente las conductas al interactuar con los rasgos particulares de los individuos. Consecuentemente, a partir del modelo propuesto por William Marston, Geier desarrolló un sistema para el análisis psicométrico del clima sociolaboral también empleado a menudo como herramienta para *counseling*, el *DISC Management*, que ha terminado por convertirse en uno de los procedimientos más comunes para la selección, la gestión del personal y el estudio de mercados fundamentalmente en el mundo de la empresa, pero también extrapolable a entornos académicos e incluso hospitalarios (Duck, 2006). Otro argumento que, añadido al ajetreo del detector de mentiras, y a la creación de Wonder Woman, justifica la popularidad cultural de Marston y su interés como psicólogo aplicado a la par que da cuenta de su escaso impacto en los entornos académicos. Unos entornos en los que, a decir verdad, tampoco estuvo nunca interesado.

REFERENCIAS

- Alder, K. (2001). Las mentiras del detector de mentiras. *Mundo Científico*, 224, 58-63.
- Alder, K. (2002, fall). A social story of untruth: Lie detection and trust in Twentieth-Century America. *Representations*, 1-33.

- Bartlett, F.C. (1958). Herbert Sidney Langfeld: 1879-1958. *The American Journal of Psychology*, 71(3), 616-619.
- Bunn, C. (1997). The Lie Detector, Wonder Woman and Liberty: The Life and Works of William Moulton Marston. *History of The Human Sciences*, 10, 91-119.
- Carte, G.E. y Carte, E.H. (1975). *Police reform in the United States. The Era of August Vollmer (1905-1932)*. Berkeley: University of California Press.
- Coffey, E.P. (1938). Memorandum de 11 de mayo para Mr. Nathan sobre la revisión del libro *The Lie Detector Test*, de William M. Marston. FBI File Nº 94-4-1682.
- Coma, J. (1988). Bajo la “caza de brujas”. En J. Coma (ed.); *Cómic clásicos y modernos* (pp. 129-131). Madrid: Diario El País.
- Coukell, A. (2006, spring). No more lies. *Proto Magazine, Massachusetts General Hospital*, 33-37.
- Daniels, L. (2004). *Wonder Woman: The Complete History*. San Francisco (CA): Chronicle Books.
- Dominguez, B. (2004). *El estudio de las mentiras verdaderas. Reseñas sobre abusos con el polígrafo*. México D.F.: Comisión Nacional de los Derechos Humanos.
- Duck, J. (2006). Making the Connection: Improving Virtual Team Performance Through Behavioral Assessment Profiling and Behavioral Cues. *Developments in Business Simulation and Experiential Learning*, 33, 358-359.
- Emad, M.C. (2006, may). Reading Wonder Woman’s Body: Mythologies of Gender and Nation. *The Journal of Popular Culture*, 39(6), 954-983.
- Gillespie, N. (2001, may). William Marston’s Secret Identity: The strange private life of Wonder Woman’s creator. *Reason Magazine* (recuperado de <http://reason.com>, nov. 2009).
- Johnson, A. (1944, april 15th). The Magic Lie Detector. *Saturday Evening Post*, 9-11.
- Lamb, M. (2001, fall). Who was Wonder Woman? Long Ago LAW-alumna Elizabeth Marston was the muse who gave us a superheroine. *Bostonia. Boston University Alumni Magazine* (recuperado de <http://web.archive.org>, sept. 2009).
- Marston, W.M. (1917). Systolic blood pressure symptoms of deception. *Journal of Experimental Psychology*, 2(2), 117-163.
- Marston, W.M. (1921a). *Sistolic Blood Pressure and Reaction Time Symptoms of Deception and Constituent Mental States*. Doctoral Thesis: Harvard University.
- Marston, W.M. (1921b). Psychological Possibilities in the Deception Tests. *Journal of Criminal Law and Criminology*, 11(4), 551-570.
- Marston, W.M. (1923). Sex characteristics of systolic blood pressure behavior. *Journal of experimental psychology*, 6(6), 387-419.
- Marston, W.M. (1924a). Studies in testimony. *Journal of Criminal Law and Criminology*, 15, 5-31.

- Marston, W.M. (1924b). A theory of emotions and affection based upon systolic blood pressure studies. *American Journal of Psychology*, 35, 469-506.
- Marston, W.M. (1928). *Emotions of Normal People*. New York: Harcourt, Brace & Company.
- Marston, W.M. (1936). *You Can Be Popular*. New York: Home Institute.
- Marston, W.M. (1938). *The Lie Detector Test*. New York: Smith.
- Marston, W.M. (1941). Carta al Presidente de los Estados Unidos de 12 de diciembre. FBI File N° 94-4-1682.
- Marston, W.M. (1944). Why 100,000,000 Americans read comics. *The American Scholar*, 13(1), 35-44.
- Marston, W.M.; King, C.D. y Marston, E.H. (1931). *Integrative Psychology: A Study of Unit Response*. London: Keegan Paul.
- Matte, J.A. (1996). *Forensic Psychophysiology Using The Polygraph: Scientific Truth Verification-Lie Detection*. Williamsville (NY): J.A.M. Publications.
- Münsterberg, H. (1908). *On The Witness Stand*. New York: Doubleday.
- Palmer, C.W. (1942). Carta a William M. Marston de 5 de enero. FBI File N° 94-4-1682.
- Pérez, F. (2009). Psiquiatría y censura en el cómic estadounidense. Fredric Wertham y la seducción del inocente. *Revista de Historia de la Psicología* 30(2-3), 301-309.
- Pitkin, W.B. y Marston, W.M. (1930). *The Art of Sound Pictures*. New York: Appleton.
- Richards, O. (1940, October 25th). Don't Laugh at the Comics. *Family Circle*.
- Scarbecz, M. (2007). Using the DISC system to motivate dental patients. *The Journal of the American Dental Association*, 138, 381-385.
- Slowikowski, M.K. (2003, June). Understand Personality Styles. *CEP Magazine*, 69-72.
- Starrs, J.E. (1982). "A Still-Life Watercolor": Frye vs. United States. *Journal of Forensic Evidence*, 27, 684-694.
- The Bridgeport Telegram* (1923, march 7). Will Give Hearing to Alleged Mail Defrauder, 13.
- The New York Times* (1923, march 17). "Lie Detector" Inventor Arraigned, 7.
- The New York Times* (1947, may 3). William Moulton Marston, Psychologist, 53; Creator of Lie Detector Test Dies, 17.

Artículo recibido: 31-05-10

Artículo aceptado: 14-09-10

